

Semana del 4 al 10 de Marzo de 2018. DOMINGO III DEL TIEMPO DE CUARESMA

“La Pascua de Cristo no es para ‘destruir’ sino para que nazca el Hombre Nuevo”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Ex 20,1-17: “La Ley fue dada por Moisés”

Salmo: 18,8.9.10.11: “Señor tú tienes palabras de vida eterna”

2ª Lectura: 1Cor 1,22-25: “Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los hombres, pero para los llamados sabiduría de Dios”

Evangelio: Jn 2,13-25: “Destruid este templo y en tres días lo levantaré”

Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 2,13-25)

+++ Gloria a Ti, Señor.

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas, sentados detrás de sus mesas. Hizo un látigo con cuerdas y los echó a todos fuera del Templo junto con las ovejas y bueyes; derribó las mesas de los cambistas y desparramó el dinero por el suelo. A los que vendían palomas les dijo: “*Saquen eso de aquí y no conviertan la Casa de mi Padre en un mercado.*” Sus discípulos se acordaron de lo que dice la Escritura: “*El celo por tu Casa me devora.*”

Los judíos intervinieron: “*¿Qué señal milagrosa nos muestras para justificar lo que haces?*” Jesús respondió: “*Destruyan este templo y yo lo reedificaré en tres días.*” Ellos contestaron: “*Han demorado ya cuarenta y seis años en la construcción de este templo, y ¿tú piensas reconstruirlo en tres días?*” En realidad, Jesús hablaba de ese Templo que es su cuerpo. Solamente cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que lo había dicho y creyeron tanto en la Escritura como en lo que Jesús dijo.

Jesús se quedó en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, y muchos creyeron en él al ver las señales milagrosas que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos, pues los conocía a todos y no necesitaba pruebas sobre nadie, porque él conocía lo que había en cada persona.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

En este tercer domingo de Cuaresma, la primera y la tercera lectura nos hablaban sobre la Ley y el Tempo, respectivamente, dos aspectos de profundo significado simbólico para los judíos y también para nosotros, sus hermanos menores, coherederos de las promesas del pueblo elegido.

En la primera lectura (Ex 20,1-17), se nos presenta el Decálogo, los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, que luego serán mejor especificados, con todo su contexto, en el libro del Deuteronomio (Deut 4,1-5.23). Allí el Señor expone los Mandamientos que buscan ordenar y legislar sobre los asuntos que están prohibidos para todos los seres humanos.

La forma negativa en la que son presentados, refuerza la radicalidad de esas prohibiciones. En cierto modo, se usa un método pedagógico, especialmente formulado para un pueblo primitivo, como era Israel, poniendo de relieve el mal que se debe evitar, al cual tiende naturalmente la persona humana, herida por el pecado original.

Los ocho primeros mandamientos prohíben las acciones externas, que son las que más fácilmente se detectan en la convivencia humana: blasfemar, deshonrar, matar, robar, fornicar, mentir, etcétera, mientras que los dos últimos dan un giro para centrarse en lo que puede suceder en el interior del ser humano.

Esto supone un avance en la exposición de los deberes morales de la persona, pues como muy bien nos dice el Señor “*es del interior, de donde surge el bien y el mal*” (Cfr. Mt 15,18-20); es en el corazón del hombre y de la mujer donde se anida el mal y donde deben librarse las verdaderas batallas éticas. Estos dos mandamientos son, pues, una llamada a que se cuide lo más íntimo de la persona, a que se conserve la pureza de intención y de espíritu, de manera que sus pensamientos, sus sentimientos y sus deseos, purificados de todo mal, se orienten a la práctica del bien.

Mucho hemos insistido ya, a través de estas catequesis, de las pláticas que el Señor nos lleva a dar, etcétera, acerca de la necesidad de vigilar sobre nuestros pensamientos y sentimientos, para poder profundizar nuestra conversión y crecer verdaderamente en el espíritu.

En el último Encuentro Internacional del ANE, nuestra Fundadora, Catalina, nos invitaba a analizar, cada vez con mayor detenimiento, las causas de nuestros pecados... Si por ejemplo, uno peca con cierta frecuencia de “hablar mal de alguien”, y se confiesa cada vez de lo mismo, pero no deja de caer nuevamente en ello, es posible que necesite ver si no será la codicia (el pecado contra el décimo mandamiento) lo que le lleva a cometer el quinto (es decir, el “matar” a esa persona dañando su imagen, su buen nombre, su prestigio, etcétera)... ¿No será la envidia, el deseo de tener lo que ella tiene, lo que te conduce a la maledicencia, a destrozarla con la boca frente a los demás?

Que este ejemplo, traído al no azar, nos ayude a profundizar nuestros exámenes de conciencia, para poder salir del pantano de pecado que a veces pareciera tenernos atrapados, al punto de la asfixia.

En el Evangelio que acabamos de releer, San Juan ubica ese suceso de la vida de Jesús al inicio de su misión (es decir, inmediatamente después de las Bodas de Caná), mientras que Marcos, Mateo y Lucas, lo harán ya casi al final de Su “vida pública” (después de Su entrada triunfante en Jerusalén), atribuyendo precisamente a esa expulsión de los mercaderes, la decisión final de los sacerdotes y escribas de planificar la muerte del Señor.

La diferencia entre estas visiones es curiosa, pero de ninguna manera supone una “contradicción”... En todo caso, San Juan también deja claro que este suceso rompió definitivamente cualquier posibilidad de aceptación por parte de las autoridades judías a Jesús, y esto es claro, en la medida en que todos ellos se beneficiaban económicamente con las actividades comerciales que tenían lugar en el Templo.

De cualquier modo, debemos recordar siempre que cada uno de los cuatro Evangelios fue escrito con un propósito determinado, y para ser dirigido a ciertos destinatarios específicos de la época. De manera que la precisión cronológica o histórica de los mismos es menos importante que la eficacia espiritual del mensaje que transmiten...

Así por ejemplo, San Marcos escribió para los cristianos de origen pagano, de diversas latitudes, mientras que San Juan escribió para los cristianos griegos que, desde un principio, fueron perseguidos por el Imperio Romano. Vistas así las cosas, es muy probable que la intención de San Juan hubiese sido la de presentar, desde el inicio, la fortaleza, el carácter y el temple de Jesús, pues explica su reacción citando el Salmo 69, que dice *“El celo de tu casa me devora”*...

Cuando leemos este pasaje de la vida del Señor, no puede dejar de llamarnos la atención el ardor de su reacción al ver a los mercaderes, pues siempre estamos acostumbrados a Su mansedumbre y benevolencia para con todos. Sin embargo, haciendo un análisis sobre las causas de esa molestia, comprenderemos mejor no sólo por qué lo hizo entonces, sino también qué es lo que quiere decirnos hoy, al recordarnos aquel suceso.

Para abordar este análisis, aprovecharemos una reflexión detallada que prepararon hace tiempo nuestras hermanitas de “Stella Maris”, para los niños, sobre este pasaje del Evangelio, pues con ella habían logrado, a nuestro juicio, entrar paso a paso en la médula, en el fondo mismo de esta cuestión... Leamos atentamente:

“El Evangelio nos relata que Jesús no sólo se molestó ante aquellos vendedores de palomas y bueyes, sino que los expulsó a latigazos. Estaba realmente molesto, pero ¿sería la venta de animales lo que más le molestaba...? Por una parte sí; pero por otra parte, recordemos que los mercaderes no hubieran estado en el templo si los judíos no los buscaran para comprar un buey o una paloma, a fin de ofrecer el sacrificio de expiación por sus pecados. Tampoco hubieran estado dentro del templo si los sumos sacerdotes no se lo permitieran, para cobrarles impuestos por sus ventas, y así sacar una porción de ganancia para ellos.

De hecho, el ofrecer sacrificios de expiación por los pecados fue una costumbre enseñada por Dios mismo, en el Antiguo Testamento, y muchas veces el sacrificio significaba la “alianza” de Dios con Su pueblo. Entonces, ¿qué fue lo que tanto enfureció a Jesús? Para respondernos vayamos más allá de aquel instante, pues Jesús no era una persona que cambiara repentinamente de humor; al contrario: el dolor que sentía era el resultado de una historia de infidelidad a Dios por parte del pueblo de Israel.

¡Cuántas personas asistían constantemente al templo, para ofrecer sacrificios de expiación por sus pecados, y luego volvían pecar, creyendo que al comprar “otro animal” y ofrecer “otro sacrificio”, podrían alcanzar el perdón de Dios, para luego volver a obrar mal! ¿No es esto “comerciar” con Dios...? ¿No es esto lo que también nosotros hacemos a veces, cuando buscamos la confesión sin tener la verdadera intención de no volver a pecar, especialmente con lo mismo?

Sin duda, Dios siempre está dispuesto a perdonarnos, pero para ello debemos arrepentirnos sinceramente, no sólo buscar el calmar nuestra conciencia. Por lo tanto, el reclamo de Jesús y el celo por la Casa de Su Padre era la consecuencia de:

1º El negocio de los mercaderes, a quienes les importaba más el dinero que la fe.

2º El negocio indirecto de los sumos sacerdotes, que ganaban mucho con los impuestos que les pagaban los vendedores.

3º El “negocio espiritual” que hacía el pueblo, al ofrecer sacrificios sin dejar a un lado sus maldades.

Que nuestra Cuaresma no sea otro motivo de “comercio con Dios”, pues Él nos da todo gratuitamente y por amor. Lo único que espera de nosotros es nuestro amor verdadero y puro hacia Él y a los demás; por eso, esmerémonos en que cada propósito que hagamos para esta Cuaresma, sea fruto de ese amor, del deseo de agradarle y reparar nuestras culpas, y no un simple motivo para luego “exigirle” a Dios que nos conceda tal o cual otro favor.

Es importante que vivamos la Cuaresma con ese espíritu de oración y espera, dedicando nuestro tiempo para hacer el bien a los demás: visitando enfermos, ancianos, presos... esforzándonos en nuestra labor apostólica, sirviendo a Dios en nuestros hermanos...

También la meditación sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo será muy útil para nuestro crecimiento espiritual, rezando el Vía Crucis, leyendo los Evangelios, repasando **los cuatro libros** que tenemos nosotros, en nuestra espiritualidad propia, para hacerlo, etcétera, ya que hoy por hoy, nuestros “católicos” acostumbran a pensar en la Pasión de Cristo sólo el Viernes Santo, como si las emociones de tristeza fuesen suficientes para justificar nuestra participación en la vida de la Iglesia...

Sin duda, los sentimientos son importantes, pero nuestra dignidad de Hijos de Dios nos exige “vivir” cada día de nuestras vidas ese camino del Calvario, y también “vivir” la Resurrección, porque de ambos sucesos salió el fruto de nuestra vida y nuestra libertad.

Ya en el Antiguo Testamento, Dios reprochó al pueblo por medio del profeta Jeremías, y les anunció que estaban convirtiendo el Templo en una “cueva de ladrones”, en donde los malvados se sentían seguros después de hacer sus fechorías, pero Dios les advertía que serían arrojados lejos de Su Presencia por su corazón duro. (Cfr. Jeremías 7,8-11) Este era el mismo motivo del celo que devoraba a Jesús, como ya hemos dicho: la indignación por las maldades del pueblo judío, que se ocultaban detrás de los sacrificios rituales.

Los judíos, obviamente se sintieron descubiertos ante el reproche de Jesús, y por eso tomaron la defensiva con una pregunta que era más absurda que intimidatoria: “¿Qué señal milagrosa nos muestras para justificar lo que haces?”, pero todo el pueblo sabía de los milagros de Jesús, ¿qué mayor señal que esa? ¿No veían la mano de Dios en las conversiones, las sanaciones y la liberación de malos espíritus? Sin duda, ellos conocían bien acerca de estos acontecimientos, pero se negaban a creer, y por lo mismo, no cambiaban su corazón.

Ante la respuesta de Jesús, “*Destruyan este templo y yo lo reedificaré en tres días*”, podemos preguntarnos al menos dos cosas:

1ª ¿Por qué Jesús no les recordó los milagros que había hecho, como “señales” de su autoridad?

2ª ¿Qué quería decir con la palabra “reconstruiré”?

En primer lugar, Jesús no necesitaba recordarles nada a los judíos, pues como reza el dicho: “*no hay peor ciego que el que no quiere ver*”, y ellos simplemente no querían ver las señales de la divinidad de Jesús. En segundo lugar, el Señor hablaba de Su Resurrección, pero también hablaba de lo que haría desde aquel momento glorioso: reconstruir los corazones de los hombres, liberándolos de la esclavitud de la Ley para hacerlos hijos de Dios, templos del Espíritu Santo, para darnos un corazón nuevo, que busque la Misericordia de Dios. Estas palabras fueron las que recordaron sus discípulos cuando Jesús resucitó, y pudieron comprender y creer en sus palabras, pues hasta ese momento aún no comprendían muchas cosas.

Este pasaje del Evangelio concluye diciéndonos que “*Jesús no se fiaba de ellos, pues los conocía a todos y no necesitaba pruebas sobre nadie, porque él conocía lo que había en cada persona.*”

El que Jesús no se fiara de aquellos hombres no significaba que no los amara; ¡al contrario!: Todo lo que Jesús hacía era por amor a los hombres, pero conocía sus corazones, así como conoce los nuestros y sabe que muchas veces somos infieles. Si leemos que “**no necesitaba que nadie le descubriera lo que es el hombre**” es precisamente porque Él es Dios, nuestro Creador, Quien conoce cada pensamiento y sentimiento nuestros.

Es muy necesario reflexionar sobre esto, especialmente para el momento de preparar nuestra confesión, porque muchas veces, cuando nos acercamos al Sacerdote para confesarnos, terminamos confesando los pecados del “otro”, como una manera de justificar nuestras malas acciones, como si los demás nos obligaran a pecar, o como si Dios necesitara que “le informáramos” acerca del pecado de nuestro hermano.

Pero hoy, el Evangelio de Juan nos recuerda que Dios lo ve todo y lo escucha todo, que es más importante preocuparnos por no ofenderlo que estar mirando los errores de los demás. Por lo mismo, procuremos en esta Cuaresma hacernos más conscientes de las veces que ofendemos a Dios, y tratemos de mirar las cualidades de los demás, porque allí reconoceremos la maravillosa obra del Señor.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (*Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos*)

a) ¿Realizo mis labores apostólicas sólo por amor a Dios y a los demás, o busco alguna gratificación o beneficio personal? ¿Persigo con ello el reconocimiento? ¿Procuró quizás “negociar”, con mi trabajo en el ANE, el favor de Dios?

b) ¿Soy capaz de confiarme al Señor completamente, en un acto de fe, o espero de Él signos (mensajes, lecturas, sucesos prodigiosos...)?

c) ¿Cómo van mis confesiones...? ¿Me preparo debidamente para hacerlo? ¿Analizo las causas de mis pecados? ¿Hago verdaderos propósitos de enmienda y procuro subsanar el daño que he provocado al pecar? ¿Me esfuerzo verdaderamente para no volver a caer en lo mismo?

d) ¿Defiendo con celo las cosas del Señor (su Palabra, su Iglesia, su Santo nombre)?

e) ¿Quién es Jesús para mí, y cómo se lo demuestro a Él mismo y a los demás?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concederá la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus comentarios. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones: 584-586, 2691, 2616, 2684

584 Jesús subió al Templo como al lugar privilegiado para el encuentro con Dios. El Templo era para Él la casa de su Padre, una casa de oración, y se indigna porque el atrio exterior se haya convertido en un mercado. Si expulsa a los mercaderes del Templo es por celo hacia las cosas de su Padre: “No hagan de la Casa de mi Padre una casa de mercado. Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: ‘El celo por tu Casa me devorará’ (Sal 69,10)”. Después de su Resurrección, los apóstoles mantuvieron un respeto religioso hacia el Templo (Cfr. Hech 2,46; 3,1; 5,20.21).

585 Jesús anunció, no obstante, en el umbral de su Pasión, la ruina de ese espléndido edificio del cual no quedará piedra sobre piedra. Hay aquí un anuncio de una señal de los últimos tiempos que se van a abrir con su propia Pascua. Pero esta profecía pudo ser deformada por falsos testigos en su interrogatorio en casa del sumo sacerdote y serle reprochada como injuriosa, cuando estaba clavado en la cruz (Cfr. Mt 27,39-40).

586 Lejos de haber sido hostil al Templo, donde expuso lo esencial de su enseñanza, Jesús quiso pagar el impuesto del Templo asociándose con Pedro, a quien acababa de poner como fundamento de su futura Iglesia. Aún más, se identificó con el Templo presentándose como la morada definitiva de Dios entre los hombres. Por eso su muerte corporal anuncia la destrucción del Templo que señalará la entrada en una nueva edad de la historia de la salvación: “Llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorarán al Padre”.

2691 La Iglesia, casa de Dios, es el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad parroquial. Es también el lugar privilegiado para la adoración de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. La elección de un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración:

- Para la oración personal, el lugar favorable puede ser un “rincón de oración”, con las Sagradas Escrituras e imágenes, a fin de estar “en lo secreto” ante nuestro Padre. En una familia cristiana este tipo de pequeño oratorio favorece la oración en común;

- En las regiones en que existen monasterios, una misión de estas comunidades es favorecer la participación de los fieles en la Oración de las Horas y permitir la soledad necesaria para una oración personal más intensa;

- Las peregrinaciones evocan nuestro caminar por la tierra hacia el cielo. Son tradicionalmente tiempos fuertes de renovación de la oración. Los santuarios son, para los peregrinos en busca de fuentes vivas, lugares excepcionales para vivir en comunión con la Iglesia las formas de la oración cristiana.

2616 La oración a Jesús ya ha sido escuchada por Él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras, o en silencio (los portadores del paralítico; la hemorroísa que toca su vestido; las lágrimas y el perfume de la pecadora. La petición apremiante de los ciegos: “¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!” o “¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!” ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: “¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!” Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe: “Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!”.

San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: “*Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él se dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros*”, (Sal 85,1; Cf. IGLH 7).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 26b: Pasamos por Jerusalén, fuimos al Templo y Mi madre se acordó del episodio de Mi pérdida y sintió nuevamente la opresión del corazón que experimentó entonces, pero no Me dijo nada. Yo, apiadado por la gran prueba que tuvo, quise consolarla y le dije: “Madre, ¿ves este Templo? ¿Conoces cuán grande es la veneración del pueblo a este lugar? Pues bien, no pasarán muchos años y todo será destruido aquí y para siempre. Debe ser quitado el oro del Sagrario porque aquí, en Palestina y en todo el mundo se levantarán otros templos en los cuales será custodiado no el oro, sino Tu Hijo.”

7.- Virtud del mes: Durante este mes de marzo, practicamos la virtud del **Sacrificio** (Catecismo de la Iglesia Católica: Cánones 2099—618—901—2100—1032)

Esta Semana veremos el canon 2100, que dice lo siguiente:

2100 El sacrificio exterior, para ser auténtico, debe ser expresión del sacrificio espiritual. “Mi sacrificio es un espíritu contrito...” Los profetas de la Antigua Alianza denunciaron con frecuencia los sacrificios hechos sin participación interior o sin relación con el amor al prójimo. Jesús recuerda las palabras del profeta Oseas: “Misericordia quiero, no sacrificio”. El único sacrificio perfecto es el que ofreció Cristo en la cruz, en ofrenda total al amor del Padre y por nuestra salvación. Uniéndonos a su sacrificio, podemos hacer de nuestra vida un sacrificio para Dios.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CA 52 Necesito almas que sacrificándose voluntariamente, amorosamente, Me ofrezcan continua oración y ardientes deseos de dolor por las ofensas cometidas contra Mi Divino Corazón.

El amor de los elegidos de Mi Corazón Eucarístico, tendrá su recompensa en ese mismo amor, teniéndome presente siempre en cuanto los rodea y contemplan. El centro de su vida material y espiritual seré Yo, como anticipo de lo que será eternamente...

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Me prepararé para hacer una buena confesión. Analizaré, a la luz de lo que hemos leído, las causas y orígenes de mis pecados; hablaré de todo esto con mi confesor, prestando mucha atención a sus orientaciones.

Rezaremos con la Oración Colecta del domingo: “Señor Dios, fuente de toda misericordia y bondad, que enseñaste que el remedio contra el pecado está en el ayuno, la oración y la limosna, mira con agrado nuestra humilde confesión, para que a quienes agobia la propia conciencia, nos reconforte siempre tu Misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor”, **Amén.**

- **Con la virtud del mes:** Esta semana ofreceré mis sacrificios, ayunos y mortificaciones, en reparación por todos mis pecados, ofensas y culpas. Visitaré ir al Señor en el Santísimo Sacramento, y pondré a sus pies todas mis miserias, pidiéndole que me fortalezca para no ofenderle más.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*